

LA FUGA DE VARENNES

¿Y si es de verdad el rey? ¿Qué hago? ¿Y si opone resistencia? ¿Lo dejo seco?. Todas estas preguntas rondan la cabeza de Vincent mientras atiende a las instrucciones desordenadas que el sargento, más nervioso aún que el propio cabo, intenta dar a sus hombres. Deben acercarse al vistoso carruaje que descansa enfrente de la única posada del pueblo y comprobar la identidad de sus ocupantes. Parece sencillo, pero el rumor que se extiende por la zona es que el rey ha huido de París y, en su camino hacia el norte, ha de pasar por Varennes, justo el pequeño y tranquilo pueblecito donde Vincent oculta su pasado monárquico.

Lleva algo más un año escondido en esta región del noreste francés, evitando preguntas incómodas y haciéndose pasar por el más convencido jacobino. Si sus compañeros de armas supieran algo de su pasado en la corte, de sus confianzas con alguna de las damas de compañía de la reina, o, lo que era aun peor, de sus antiguas ideas reaccionarias, su futuro estaría meridianamente claro y su cabeza correría serio peligro de separarse del resto del cuerpo.

El mismo día de la toma de la Bastilla él se encontraba en los alrededores de Versalles, de cacería con la flor y nata de la corte parisina, riéndose como los demás de las pretensiones de esos iluminados que se habían encerrado en el Jeu de Peume para redactar una Constitución. ¡Qué barbaridad! Francia ya tenía una institución que los representaba a todos, y que además se preocupaba por su pueblo. Vincent estaba convencido por entonces de que nadie mejor que Luis XVI para velar por los intereses de Francia y los de sus gentes. Y por tanto, para todos los que allí estaban reunidos gozando de la caza y de las excelencias culinarias de palacio, los problemas de hambre y abastecimiento de las regiones más alejadas de la capital, o incluso de algunos barrios parisinos, habría de resolverlos el rey.

Dos años después, sin embargo, probablemente ese mismo rey está a menos de cien metros del batallón que él dirige. Batallón. Si es que ese nombre puede recibir el puñado de desarrapados que creen que por tener un mosquetón entre sus manos pasan a formar parte de una fuerza de élite. Los ocho hombres que avanzan cautelosamente a sus órdenes parecen tener las mismas dudas que él, pero en la Francia revolucionaria nadie se sale de la función que Robespierre ha asignado a cada patriota que se precie de serlo.

A mitad de camino hacia el carruaje su mente no cesa de pensar posibles soluciones. Pero necesita ganar tiempo. Hace un alto en el camino y ordena a la mitad de sus hombres que rodeen la posada donde pueden estar los ocupantes del coche, si es que no están dentro. Mientras espera que sus hombres tomen posiciones busca salidas a este embrollo. Las posibilidades son infinitas. Puede que todo quede en un rumor y el carruaje pertenezca simplemente a una familia que se dispone a visitar unos parientes. Esa es su gran esperanza. Puede ser, sin embargo, que sea cierto que se trata del rey que está huyendo para pedir ayuda a las casas reales vecinas, parientes al fin y al cabo. Y puede ser, y sería la peor opción, que junto al rey vaya también María Antonieta, y con ella sus damas de compañía. Y entre ellas, Julie.

Imposible no pensar en ella. Fueron sin duda los años más felices de su estancia en París. A pesar de lo furtivo de sus citas, de lo escondido de su relación, de lo prohibido de su futuro juntos y de lo diferente de sus orígenes, no conseguía, ni quería, olvidar aquellos paseos por las Tullerías o por el mismísimo palacio de Versalles, alejados de miradas indiscretas, y sobre todo, de la mirada reprobadora de una reina celosa de la atención que tenían que prestarle sus damas. Si Julie se encontrara en el coche les iba a ser muy difícil disimular, sobre todo a ella, que ni siquiera sabe que Vincent aún vive.

Imposible no pensar en ella, pero habría de ser en otro momento. Bastián, sin duda su mejor hombre, esperaba ansioso junto a sus compañeros el momento de entrar en acción. Los cuatro soldados ya habían tomado sus posiciones y tres que permanecen junto a él lo miran esperando una decisión. La mirada de Bastián es la más incisiva. Es quien mejor lo conoce y no entiende a qué viene tanta prevención para registrar un elemento sospechoso. No están los tiempos para andarse con dudas. Un despiste o una reacción lenta y ya no hay vuelta atrás. Tras dos años de enfrentamientos constantes y traiciones frecuentes sus hombres saben que sólo sobreviven los más listos o los más despiertos. Y Vincent parece dormido.

Pero no lo está. Simplemente está recordando la última vez que vio a Julie. En agosto se cumplirían dos años de aquella despedida intempestiva y atropellada que tuvo lugar en plena calle, a la vista de todos, pero a la que nadie prestó atención. La gente recorría las calles buscando indistintamente armas o comida. Las noticias sobre nuevos ajusticiados por la guillotina flotaban por la ciudad y nadie sabía en qué podía acabar aquella locura. Julie le dijo que tenía que volver a la corte, que su sitio estaba con la reina y que a ella le debía todo lo que tenía. Vincent intentó disuadirle y hacerle entender el peligro que corrían ambos por el simple hecho de haber estado relacionados con la alta sociedad. Los reyes siempre serían los reyes,

pero ellos pagarían los platos rotos. Con un desesperado beso se despidieron y él huyó de París. Después de aquello, todos los intentos que ella hizo por saber de él fueron vanos. Y asumió con gran tristeza que su querido Vincent había sido una víctima más de la revolución. Y sin embargo...

Y sin embargo se encontraba en esos momentos a menos de veinte pasos. Nunca hubiera imaginado Julie que esos pasos que oían acercarse, esas voces quedas que tanto terror dibujaban en los rostros de los ocupantes del carruaje pertenecían a su antiguo amante. Cuando ya parece que nada puede impedir que los descubran los pasos se detienen. ¿Qué estará pasando ahí fuera?

Vincent sabe que no puede acercarse al carruaje con tantas miradas indiscretas. Cerca del objetivo hace una última parada y con parsimonia ordena a dos de sus hombres que vigilen a ambos lados de la calle. Ya solo quedan Bastian y él. Y ya no quedan más metros por recorrer ni más excusas que poner. Se acercan a la puerta del coche. Enseguida se dan cuenta de que sus ocupantes están dentro, y por su silencio es fácil comprender que algo temen.

Julie siente que los reyes casi no respiran. Escucha los susurros al otro lado de la puerta y comprende que su viaje acaba aquí. Nadie se atreve a decir una sola palabra, pero las miradas que intercambian los monarcas son más que evidentes. Cuando observan que la puerta se abre, el color ha desaparecido de sus rostros. Todos los ocupantes se giran al unísono hacia el cabo que sujeta la manilla de la portezuela mientras entorna los ojos intentando acostumbrarse a la falta de luz.

Y ahora es Julie la que ha perdido completamente el color. Y él habla.

A pesar de su aspecto desastrado, de su rostro envejecido prematuramente y de lo inesperado de la aparición de un hombre al que daba por muerto, la dama de compañía de María Antonieta no duda. Ese sucio cabo que pasa su mirada por todos los ocupantes del carruaje es la misma persona con la que ella se encontraba escondidas en los jardines de Versalles. Entonces tenían que procurar que la reina no tuviera conocimiento de estos encuentros, porque su carácter caprichoso podría haber reaccionado con contundencia ante el engaño.

En este momento, es el futuro de los reyes el que está en manos de su amante.

Pero no está solo. Ha intentado por todos los medios que Bastian no se asome al interior, pero no lo ha conseguido. Está justo detrás de él y le agarra el codo con firmeza, cada vez con más firmeza. Es obvio que también ha descubierto quién viaja en el carruaje y está deseando hacérselo saber al sargento. Susurra unas

palabras en el oído de Vincent y le obliga a retirarse y cerrar la puerta. A partir de ahí, todo sucede muy rápido y Julie sólo tendrá un recuerdo fugaz de los acontecimientos.

Recuerda las carreras y los gritos. Recuerda las miradas de resignación de los reyes. Recuerda los soldados ordenándoles bajar y recuerda las protestas airadas de su majestad. Recuerda cómo Vincent encontró el momento para acercarse hasta ella y, por supuesto, recuerda las últimas palabras que le dirigió en su vida: “Julie, tenéis mi palabra de que no os va a pasar nada. Estamos en Francia, y aquí los reyes son sagrados”.